

## CAPÍTULO 5

El viaje en barco  
Noviembre de 2007

La rubia platinada que se encontraba al otro lado de nuestra mesa, me fijó una mirada que de inmediato me condenó a estar tan rígido y mudo como un pescado en mi congelador.

“¿Y cuál es su ocupación?”, preguntó con un parpadeo



que debía parecer casual. En un primer instante quedé perplejo e intenté no perder la tranquilidad. Hacía pocos minutos que un mozo finamente trajeado me había conducido a través del comedor decorado con felpa roja, hasta llegar a una mesa ovalada en la cual ya había algunas personas reunidas. Tuvieron que apretarse un poco para hacerme espacio, lo que me llamó la atención, dado que estábamos en un crucero de lujo. Además de un pequeño grupo de damas de edad avanzada, había dos parejas y un caballero solitario en uniforme, que debía ser parte de la tripulación. Al parecer, todos eran

de nacionalidad diferente. Tomé asiento en el lugar que quedaba desocupado, pedí un vaso de rioja y de pronto, la conversación se detuvo.

“Excelente elección, mi caballero”, me confirmó el mozo, moviendo su cabeza en señal de aprobación, antes de desaparecer detrás del buffet que se encontraba a mis espaldas. La pregunta que me dirigió la líder del grupo de mujeres no me hizo sentir animado ni halagado. La circunstancia de que nos encontrábamos en un barco cuyo nombre era “Adventure of the Seas” y que navegaba tambaleando a través del canal inglés hacia el Atlántico, no lograba mejorar mi estado anímico.

Decidí hacer uso de mi artillería más pesada en la conversación. ¿Qué podría perder? “Soy escritor”, respondí en forma amable a la platinada, mientras bebía unos sorbos del vino que ya me había servido el mozo. Experiencias anteriores me habían enseñado que mencionar mi ocupación en frente de extraños podía llevar a una conversación superficial. Otras veces había recibido reacciones de sorpresa y de admiración. También se daba el caso de personas que me relataban detalladamente las experiencias de autores misteriosos y oscuros, quienes año tras año entregaban incontables manuscritos en miles de editoriales, sin ser jamás escuchados. Esta técnica siempre servía para convertir una conversación en una especie de juego de salón en el cual a mí se me asignaba de antemano el rol del perdedor. Para mi gran sorpresa, la mujer, cuyo maquillaje era excesivo, no hizo ningún comentario al respecto, sólo me regaló una gran sonrisa. Esa sonrisa le permitía lucir sus coronas dentales. Sus labios se encontraban tan llenos de productos químicos como todo en ella, y el sonido de su voz me hizo recordar mis pastillas para la garganta. Con toda seguridad se trataba

de una fumadora empedernida, o al menos, había fumado en alguna época.

“Me llamo Elizabeth Raymon”, se presentó de manera muy formal y me dio la mano llena de joyas, cuyas uñas lucían una perfecta manicure. Lanzando una mirada comprometedora prosiguió: “¿Puedo presentarle a mis mejores amigas?” Al no recibir una respuesta negativa de mi parte, dijo: “Estas son Helena y Emma. Y usted es...?” “Peters”, respondí. “Roger Peters”.

“Mucho gusto, señor Peters. ¿Ha notado el fuerte oleaje?”

En un principio no respondí. Este tipo de conversaciones no me agradaba y además quería concentrar mi atención en la cena.

“Acabamos de dejar atrás el Canal de la Mancha, pero al parecer, el viento se ha desatado sobre el Atlántico”, fue su comentario, haciendo caso omiso de mis vacilaciones. “De seguro que su esposa tampoco se siente bien esta noche, ¿no es cierto?” Al decir esto, señaló el puesto vacío a mi costado.

“No soy casado”, le respondí escuetamente. Las mujeres curiosas no me interesaban en absoluto. Ella estuvo a punto de hacer un nuevo comentario, cuando de pronto apareció el mozo, vestido de color burdeos. Llevaba una pequeña insignia dorada con su nombre, Francesco Orlando, y su acento italiano era evidente. Se había acercado a nuestra mesa para tomar el pedido del segundo plato de la cena. *Mi salvación*, pensé en un primer instante, pero también se empecinó en saber quién ocuparía el lugar a mi lado, al igual que la señora Elizabeth Raymon.

“¿Su esposa nos va a acompañar durante la cena?”, preguntó de modo cortés. Mi respuesta nuevamente fue cortante: